

**otro mito:
la "generación del 63"**

EN un café de la madrileña Moncloa, nueve escritores jóvenes decretaron, una tarde de verano, la existencia de la «Generación del 63». Dijeron que «bien podía llamarse así cuando ha sido este año en que por primera vez se ha hablado de ellas. Previamente se habían celebrado en la Catedral Jovellanos dos «foros» para «sondear la opinión de diversos escritores» incluidos en dicho «grupo generacional». Hábla promoviólo estos encuentros el periodista Pablo Villamar. En su desarrollo hubo incidentes, patos, polémicas y, por último, una acción judicial contra el organizador, que terminó sin conciliación. Este grotesco discurrir de las discusiones invalidaba, por sí solo, la hipótesis del señor Villamar, quien, sin embargo, reiteró con tenacidad digna de mejor causa, en artículos aparecidos en un diario y en una particular y parcial versión de los «foros» recientemente publicada en libro, su empeño en algo tan trivial como el dar fe de vida de una generación bautizada a capricho como «del sesenta y tres».

NO obstante, al margen del irracionalismo de origen de la metodología «generacionista», que priva de solvencia a su aplicación tanto en el orden histórico como en el estético, conviene considerar el riesgo que entraña levantar un nuevo mito sobre un panorama nada pobre en ellos como es el de la literatura española actual. En la hora en que se impone la necesidad de demoler las estatuas de tantos dioses falsos de imposible legitimación, enriquecer la mitología literaria con esta gratuita aportación supone, al nivel de una crítica de cierto rigor, dificultar aún más ese análisis en profundidad indispensable para situar y medir en su justo valor, sin mediatizaciones de ningún género, la obra de nuestros escritores más jóvenes.

POR otra parte, las razones que se aducen para testimoniar la existencia de una empresa común —o al menos de unas relaciones que permitan la identificación de los agrupados bajo el lema elegido— no ofrecen suficientes pruebas de validez. De acuerdo con la teoría de Julius Petersen —de la que se ha servido, entre otras, el promotor—, la entidad de una generación debe estar justificada por ocho condiciones: la herencia, la coincidencia cronológica del nacimiento, la homogeneidad de la educación, la mutua relación personal, un acontecimiento generacional, la aparición de un «conductor», el mismo lenguaje generacional, el anquilosamiento de la generación anterior.

¿QUE herencia han recibido las nuevas promociones de las anteriores? Ningún escritor joven se ha hecho cargo de este legado, ni para asumirlo ni mucho menos para continuarlo. En cuanto a la coincidencia cronológica, resulta banal la constatación de que todos los jóvenes que escriben han nacido en una «misma zona de fechas». No es cierta la «homogeneidad de la educación», por cuanto que unos son universitarios y otros autodidactas, éstos se han nutrido de la novelística norteamericana y aquéllos de la francesa, algunos tienen a Pratolini como guía estético y unos pocos a Robbe-Grillet... Si analizamos las relaciones personales entre ellos comprobaremos que están divididos y subdivididos en grupos y grupúsculos que forman auténticas «monadas». Se alude a la guerra como «acontecimiento generacional» y también a la paz subsiguiente, cuando sabemos que, por su naturaleza, la contienda no pudo marcar con el mismo signo a todos. ¿Y dónde está el «conductor» de la generación? ¿Es Castellet o Ponce de León? ¿Alborg o Eugenio de Nora? ¿José Luis Cano o Dámaso Santos? ¿Figueroa o Fernández de la Mora?, etc., etc. Resultaría vano el intento de unificar a los jóvenes por su lenguaje. ¿Qué tiene que ver el barroquismo de Ana María Matute con el «ascetismo» de Sánchez Ferlosio? ¿Qué la precisión de Hortelano con la facundia de Grosso? ¿Puede establecerse un parentesco estilístico entre Nieto y Cela Trulock?

A mayor abundamiento, viene a decir el promotor, todos los escritores de ahora son de «marcado carácter social». «Son realistas —añade— y, fuera del campo político, socialistas». Habría que saber qué se entiende por realismo y socialismo. La primera caracterización, ¿conviene acaso a Claudio Rodríguez, a Alcántara, a Murciano, a Mantero, al último Sastre, a Sahagún? Y Luis María Ansón, Vázquez Azpiri, Buñuel, Payno, ¿aceptarían adscribirse a la segunda? ¿Qué significa el término «socialismo» despojado de su acepción política? Por otro lado, **SIGUE**



Un día, hace ocho años, Hemingway descubrió un viejo baúl.



Lo abrió y encontró París y sus recuerdos.



Se encontró a sí mismo. Revivió las imágenes del tiempo en que su rostro era joven y en su corazón cabían todas las esperanzas.



El amor y el alcohol



eran el contrapunto a interminables discusiones sobre literatura en un ambiente de un vitalismo desenfrenado.



Gertrude Stein, Ezra Pound, Madox Ford, Scott Fitzgerald,



y sobre todo la esposa del último —la demasiado encantadora Zelda—

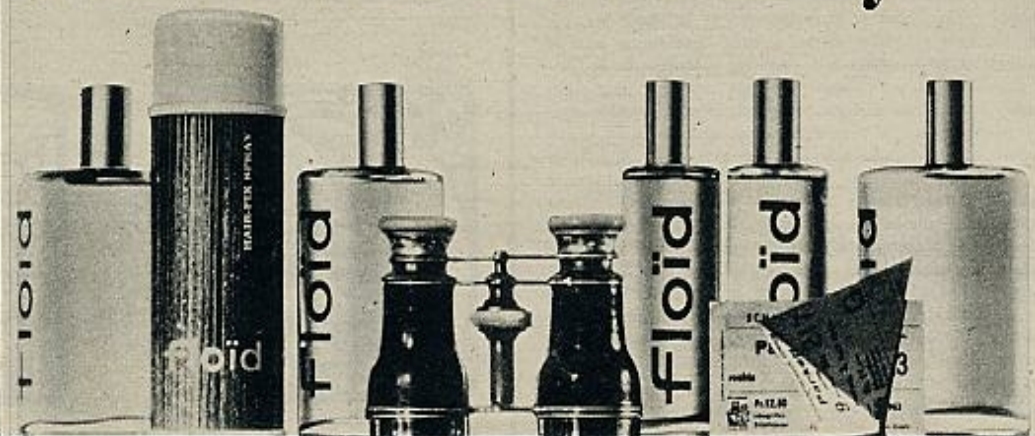


son los principales personajes de PARIS ERA UNA FIESTA, en definitiva su obra póstuma.





El secreto del hombre de hoy



after-shave
electric pre-shave
electric pre-shave spray
shaving-cream tube
foam shaving-cream *

floïd

hair-tonic
hair-fix
eau-de-toilette
deodorant-spray
toilet-soap

los «foros» demostraron en la práctica una radical oposición de actitudes en lo estético, en lo social, en lo político y hasta en lo personal, sin que se haya advertido la posibilidad de tender puentes.

¿V ALLIA la pena el esfuerzo de estudiar —a fondo, al parecer— tanta teoría «generacionista», tanta metodología en declive, para justificar y documentar la fe de bautismo de una hipotética «Generación del 63»? Debería preguntárselo el promotor. Por nuestra parte, entendemos que en el momento en que urge una operación desmitificadora, prestar nuevas contribuciones a la confusión y al oscurecimiento de una realidad ya tan enturbiada no constituye precisamente un buen servicio para el crítico que se halle dispuesto a realizar con seriedad una labor analítica y valorativa rigurosa.

EDUARDO G. RICO

un libro mayor y complementario

En la obra de un novelista hay siempre unos cuantos libros —de difícil clasificación— que, en cierto modo, constituyen un complemento de aquellos títulos propiamente novelísticos. Este tipo de libros —frecuentemente de carácter autobiográfico, aunque no necesariamente autobiográficos— ofrecen un doble interés: el suyo propio, independiente, y aquel que se deriva de cuanto en ellos hay o puede haber de clarificación, de revelación más amplia y concreta de lo que es el mundo personal de ese novelista. Por supuesto, un novelista ha de estar en sus novelas; quiero decir que es en ellas donde debe quedar plenamente expresada su visión de las cosas, su concepción de la realidad de su tiempo, sus preocupaciones y también sus contradicciones (todo novelista, todo escritor, las tiene).

Sin embargo, y como decía, este tipo de libros, que apresuradamente calificaríamos de complementarios, y en los que cabe la autobiografía, el diario, las teorías estéticas y a veces, simplemente, cualquier tema de la realidad tratado no novelísticamente, son —para el crítico como para el lector curioso— un elemento de valoración en ocasiones importantísimo.

Lo que antecede viene a cuento del reciente libro "complementario" de Miguel Delibes, "El libro de la caza menor". (Destino.—Barcelona, 1964.) Este libro —que es un libro "mayor"— tiene, a mi modo de ver, este doble interés: el interés de constituir, por sí mismo, un tratado vivo, directo, de la llamada caza menor, y, por otra parte, el de mostrarnos a Delibes, al novelista Delibes, no detrás de sus personajes, sino viviendo este que constituye para él su deporte favorito: la caza. Y viviéndolo, además, no a la clásica manera "aristocrática", sino de otra manera muy distinta. Escribe, por ejemplo, Delibes, tras hacer una crítica de las diversiones estéticas, como los toros o el fútbol: "La caza es un esparcimiento fundamentalmente dinámico. El morral hay que sudarlo. La cacería se monta sobre madrugones inclementes, aspéras caminatas, comidas frías en una naturaleza inhóspita, lluvias y escarchas despiadadas...". Y a lo largo de todo el libro, cuando el novelista Delibes nos habla como cazador experto de la perdiz, del conejo, de la liebre, etc., y de tales o cuales características en el modo de llevar a buen término las cacerías, y, en fin, de cómo él mismo ha vivido con entusiasmo este esparcimiento "dinámico", comprendemos mucho mejor —cuando menos, a mí me ha ocurrido esto— el mundo novelístico de Delibes, sus personajes. Yo diría ya, sin más, que el mundo novelístico de Delibes es un mundo al aire libre, cuyos personajes han conocido esos "madrugones inclementes" y esas "escarchas despiadadas". Por supuesto, esto es un poco como descubrir el Mediterráneo, pues basta conocer las novelas del autor para comprobarlo (y ya en los libros "Diario de un cazador" y "Diario de un emigrante", y en su personaje protagonista, Lorenzo, quedaba más que evidente todo esto que digo). No me parece innecesario ni gratuito, sin embargo, insistir sobre este punto, que se bifurca finalmente en dos consideraciones: que un novelista sólo puede hablar bien de aquello que conoce y vive y que Miguel Delibes es un buen novelista, principalmente porque conoce a fondo y ha vivido la realidad que nos refleja en sus obras.

Tanto para el aficionado a la caza, como para el que no lo sea, "El libro de la caza menor" contiene, por otra parte, innumerables elementos y motivos de interés. Y ello por la exposición amena y "periodística" del tema, por el tema mismo de la caza —que tiene, y probablemente seguirá teniendo, una cierta magia, un cierto misterio— y, en fin, por la calidad excepcional de la prosa de Delibes: uno de nuestros escritores que dominan con mayor precisión la lengua castellana.

FERNANDO MOLINERO

seguro,
puede estar
seguro." Mayor,"

susurró el barman, que tendrá su William Lawson's. Siempre quito la etiqueta antes de que se entere todo el mundo. Tengo que reservarlo para los entendidos. ¿Uno largo? Inteligente y sagaz jugada, "Mayor". Antes que el Conde lo descubra.



William Lawson's Whisky,
blended from the finest malts of
Scotland's Highland Distilleries

Distribuidor exclusivo: MARTINI & ROSSI, S.A.
Barcelona-Madrid